

el verdadero peligro para su existencia física—incluyendo un ataque nuclear—venía de Moscú. Si se trata de una paranoia o de realidad es algo difícil de establecer. La realidad es que China se está produciendo verbalmente con síntomas de paranoia y de histeria, en política interior como en política exterior (como en todas las manifestaciones contra la "banda de los cuatro", a la que ahora se está acusando, por ejemplo, del exceso de consumo de tabaco por parte de los chinos), en un lenguaje difícilmente comprensible para Occidente. La sospecha de una destrucción masiva por parte de la URSS puede ser el motor de toda esta política. Es inútil advertir que, utilizada por Estados Unidos y Occidente, China sería el punto de ataque inmediato una vez que no fuera necesaria. Los dirigentes chinos pueden haberlo comprendido muy bien. La URSS, en su tiempo, debió saber, sin duda, que una vez utilizada como arma contra el nazismo y el imperialismo alemán, sería de nuevo condenada a la extinción. Pero las circunstancias históricas no le dejaron otro lugar a pesar del terrible esfuerzo de contracción ideológica—y nacionalista—que supuso el pacto germano-soviético. El eje Pekín-Washington (y Tokio) no supone, para la China comunista, una contradicción mayor que la que pudo suponer el pacto germano-soviético para la URSS y para los comunistas del mundo entero, que pronto tendrían que condenarlo.

Naturalmente, dentro de una lógica simplista, a nivel de militante y hasta de ideólogo, podría preguntarse si una unidad entre China y la URSS no sería un gran logro mundial. Aunque escribir la Historia como no ha sido, y como podría haber sido, es un ejercicio tan fácil como irresponsable, cabe suponer que si la URSS y China hubieran formado un bloque sólido, Occidente—los Estados Unidos—no habrían vacilado en declararles la guerra. Y en aquellos momentos quizá hubieran podido destruir a los dos países, a pesar de las frases de Mao considerando las bombas nucleares como "tigres de papel". No es imposible negar la posibilidad de que esto suceda en el futuro, vista la facilidad con que todas las naciones

cambian de aliados en estos tiempos. Y las consecuencias serían, sin duda, bélicas también.

Pero el mayor peligro para la paz en estos momentos es el de una reacción soviética contra un cerco que le está pareciendo ya insostenible. Mientras la OTAN avanza hacia el Sur de Europa—España—y puede penetrar fácilmente en África por la vía española hacia Marruecos, desestabilizando los países revolucionaristas del continente; mientras en Oriente Medio se la expulsa sobre todo a partir del cambio de alianzas de Sadat, y la expulsión de su carácter mediador y negociador se elimina también en la conferencia de septiembre de Camp David; mientras en Europa van creciendo los eurocomunismos y éstos denuncian concretamente la dictadura soviética y sus afanes expansionistas; mientras la campaña de los "derechos del hombre" y la propaganda sobre los disidentes va creciendo, China lanza ahora esta enorme maniobra política y diplomática, que amenaza con expulsarla definitivamente de Asia y con introducirse en los países de su órbita europea. Puede ocurrir que Moscú considere que su existencia como nación está amenazada a muy corto plazo, y que su régimen político está condenado. Y puede ocurrir, como consecuencia, que decida lanzar una serie de ofensivas, entre las cuales las puede haber de carácter militar, antes de que sea demasiado tarde. Si es que no lo es ya, y cualquier solución le sea imposible.

Históricamente, el cerco a Rusia comenzó en 1917 con el sostenimiento extranjero de la guerra civil y con el famoso "cinturón sanitario" de las potencias europeas. La situación actual puede considerarse como una continuación histórica de una acción que ya emprendió el Presidente Wilson—con el Imperio británico—frente a Lenin, y que ha tenido diversas etapas, durante las cuales no sólo la URSS, sino el comunismo, han ido conociendo una serie de expansiones y de estabilizaciones muy importantes; pero, paradójicamente, la Unión Soviética y el movimiento comunista internacional no han conocido días peores, si exceptuamos los de la guerra civil en Rusia y los del avance del nazismo en Europa. ■

ORIENTE MEDIO

La guerra es posible

El 5 de septiembre se reúnen en Camp David (Estados Unidos, escenario de una famosa reunión de coexistencia entre Estados Unidos y la URSS de la que salió una fórmula de coexistencia, el espíritu de Camp David, ya agotada) el egipcio Sadat, el israelí Begin y el Presidente Carter, que adopta un papel confuso y deliberadamente ambiguo de mediador patrocinador, que quiere realizar lo que "Newsweek" llama "una tentativa evangélica" para producir la paz en Oriente Medio; pero de sobra se sabe cuál es la capacidad de presión y cuáles los intereses de Estados Unidos en la zona como para aceptar fácilmente que vaya a "neutralizarse". En otro aspecto, la conferencia es lo menos neutral posible. Por una parte, es una reunión decidida a no admitir la participación soviética en la zona, ni siquiera en el capítulo de los mediadores. Por otra, no van a figurar en ella ni ya los maltrechos palestinos, ni los desolados libaneses, sino ningún otro país árabe de los que están implicados en el enfrentamiento, que puede convertirse en contienda armada en cualquier momento.

Sadat busca desesperadamente alguna concesión. Desde que tuvo la desdichada iniciativa—u obedeció a las iniciativas de otros—de viajar a Israel, no ha conseguido nada que le justifique: Israel se ha fortalecido y Sadat no ha podido presentar nada concreto a los países árabes. Egipto ha entrado de lleno en la órbita de los Estados Unidos, se ha escindido de los países árabes y no solamente no se han disipado las posibilidades de guerra, sino que se ve cómo Israel continúa de una manera implacable su plan. Se propone en estos momentos realizar nuevas implantaciones—colonos, poblados permanentes, explotaciones—en cinco puntos de Cisjordania. El plan está ahora suspendido, después de haber sido convenientemente anunciado, hasta después de la conferencia de Camp David. La única concesión que podría hacer Begin a Sadat sería anular—más bien aplazar—este nuevo avance, que parece anunciado para poder renunciar a él en lugar de a otras cosas.

Sadat explica una y otra vez que no va a llegar nunca a hacer una paz por separado: que si quisiera la habría hecho ya. En realidad, no ha podido hacerlo porque Israel no le ha ofrecido nada a cambio y porque teme una reacción grave en los países árabes—con la excepción de los reinos feudales de Jordania y Arabia Saudita, incluidos también en la órbita americana—y la posibilidad de sufrir de todas formas una guerra en caso de que ésta estalle. Caso nada improbable. La Unión Soviética le sigue acusando: "Está dispuesto a aceptar sin ningún problema cualquiera condición que le dicte Washington, mientras Israel, alentado por la política conciliadora y las concesiones de El Cairo, mantiene una posición inexorablemente dura". Para la URSS, el tema es de primera importancia: una "paz americana" en Oriente Medio, precedida y continuada—como ya lo está haciendo—por una aniquilación de los palestinos y de los países que les sostienen o amparan, significaría un retroceso grande y una nueva posición de los Estados Unidos en la amplia política de cerco. Probablemente no desdeñará la posibilidad de sostener y ayudar una guerra local en el caso de que no vea otra solución.

Todos los indicios son de que la "cumbre" de Camp David no va a aportar nada concreto, desde un punto de vista positivo. Más bien puede suceder que tras el fracaso de esa conferencia Israel adopte posiciones más duras.